

27 NOVIEMBRE

En Melbourne, visité a un anciano cuya existencia nadie parecía conocer. Vi su habitación: se hallaba en un estado lamentable. Quise adecentarla, pero él me repetía: «Ya estoy bien como estoy». No le dije nada, pero al final me permitió que arreglara la habitación. Había en ella una hermosa lámpara cubierta por muchos años de polvo. Le pregunté: «¿Por qué no enciendes la lámpara?». «¿Para quién? -me dijo-. Nadie viene a verme.» Yo le dije: «¿Encenderías esa lámpara si una de las hermanas viniera a visitarte?». Él dijo: «Sí, si oigo una voz humana, la encenderé». El otro día, me envió un mensaje:

«Decidle a mi amiga que la luz que encendió en mi vida aún arde».

¿Veis lo que se puede lograr con un acto sencillo?